

TRES LECCIONES MATERIALES

VERSIÓN Y NOTA DE ÁNGEL CAMPOS PÁMPANO

António Ramos Rosa nació en Faro en 1924, pero reside en Lisboa desde hace años. Poeta, ensayista y traductor, defiende el acto de la escritura como algo primordial en su vida. Su poesía (tiene ya más de cuarenta libros publicados) surgió en un tiempo de múltiples tendencias (neorrealismo, surrealismo, neoclasicismo), pero se mantuvo siempre fiel a la captación del fenómeno poético como totalidad cósmica: poeta de «una mística de la immanencia, pero también de lo elemental, sin serlo nunca del elementalismo»

(E. Lourenço). La poesía de Ramos Rosa parte de una conciencia revolucionaria que se va decantando hacia su propia intimidad, basta el punto de que en su actual proceso creativo arte y vida se confunden. El único libro de este importantísimo poeta traducido —basta la fecha— al español es Ciclo del caballo (Pre - textos. Valencia, 1985). Ramos Rosa ha recibido recientemente el Premio Fernando Pessoa, el más importante de cuantos hoy se otorgan en Portugal.

...el duro deseo es la madre de la eternidad...

Jacob Boehme

¿Será el alma quien habla? ¿Será el mundo? ¿Será Dios?

Heidegger

I

Sopla el fondo del agua, silenciosa: viene como una respiración: hete aquí en el centro blanco de las aguas tranquilas: todo movimiento es silencio. Lo que aún no has dicho, lo que acaso nunca sabrás decir, es tu palabra nupcial; la creación de tu palabra.

El amor cierra los ojos, no para ver sino para absorber: la oscura transparencia, la espesura de las sombras ligeras, la ondulación ardiente: la alegría. Un caballo corre en la lenta velocidad de las arterias. El amor se conoce sobre la tierra coronada: animal de las aguas, animal del fuego, animal del aire: la materia es sólo una, terrestre y divina.

Energía verde de los árboles que torna todo el amor verde y los propios esqueletos verdes. Los cuerpos construyen su destrucción horizontal como ríos verdes: más allá de la muerte: en el germen verde.

Nombrar con el hálito: con la palma, con los párpados: y después con los puños, con el vientre,

con la boca: penetrar en las materias saladas, maternas, en la marejada de la sombra, en el útero del reposo: alcanzar la perfección, el dominio, la maravilla.

La noche soñaba con tus flancos de hojas. Ella deseaba una palabra para escuchar su propio color. Ella era la vigilia del agua, la paz primera que nunca se repite. Ella esperaba bajar por las raíces de su sangre hasta la puerta de tu nombre.

Sobre un fondo de luz inviolable, la divinidad oscura e inmediata. Lo que no tiene nombre asciende por sus fugitivas venas como una fuerza ciega; madre, matriz, materia. Señora de nada, se consume en las aguas donde engendra de nuevo el mundo con las sílabas de su nombre.

Cuerpo innumerable y sin figura: fuerza: que tu sangre se torne centro: que tu aliento sea árbol y tus músculos montaña y torrente. A través de ti pasa el río del mundo, las cabezas, los brazos, las perspectivas, las bocas. Eres ahora más tierra y más presencia, duración verde, pulsación desnuda. Tu libertad es la música blanca del vacío.

II

Donde ella es divina en su discreto ardor, en el extremo del mundo, en el principio de sí misma.

Entre ella y yo hay esta muralla roja, muralla vacía porque sólo es de niebla. Dios y Eva, dios deseo puro, la blancura de la alegría, el otro ser que no es de agua, ni de fuego, ni de tierra, ni de aire y ni siquiera de luz. Encarnación de mi deseo, dios que está siempre naciendo, suprema metamorfosis del vacío.

Traigo en la palma de la mano la luz diurna: y la herida en el flanco. Mi dios, mi demonio, respira hondo y alto. Ella, mi múltiple compañera, es una columna silenciosa y ardiente. La luz sella esta alianza entre el soplo y la materia y una voz se eleva en los barcos del silencio.

Hasta tu desnudez, mujer de arena y viento. La inminencia dura en tu dispersión: sin centro ni formas tocas la partitura del vacío en la alta pared blanca y lisa. Se yergue un suave estrépito de agudas olas y la luz se torna arcilla en tus manos.

Tocaste la piedra nocturna sobre las aguas: noche de la materia: tranquila deriva, fluir fetal: penetras en el árbol por la raíz oscura para que lo oscuro ascienda al verde y el fuego regrese desde lo alto a la matriz, al centro impenetrable.

Forma infinitamente abierta al espacio. Materia de música: transparencia. El poema se interpone entre el nombre de dios y su vacío, entre la muerte y su sombra. Y sobre los hombros del torrente saluda a la adolescencia de la tierra.

Las viejas constelaciones del mundo tan viejas como las palabras. ¡Oh tranquila fragancia, oh puro frío de las sílabas celestes! Penetramos en la frescura indivisa, donde la perfección enciende su intacta claridad. Estamos en un regazo donde somos comprendidos y hay alguien, quizá sólo un puro espacio, para quien escribo las palabras que no digo.

He llegado a un limbo: fondo vacío de silenciosa blancura: vuelvo a la ausencia, al vientre de la sombra, donde soy una simiente adormecida en el enigma de la brisa. Mi alma es a un tiempo la tejedora de los viajes y la pastora callada en la absoluta inmovilidad de la recepción.

III

Ver, dejar de ver: hacer, deshacer: desaparecer. Inicias la palabra: el árbol, la piedra, el viento:

niegas el espejo y subes a través de las raíces del agua. Cuerpo a cuerpo, palabras o fibras que resisten contra el viento, contra la sal. Contra las frases.

Acepta, acoge la minúscula astronomía de un jardín: los insectos con sus múltiples facetas y las delicadas antenas con que se orientan. A ras del suelo: una rama partida, una hormiga, la baba de un caracol. Fascinantes, meticulosos son los vocablos que componen las constelaciones legibles, intactas. Una fábula adormece al sol de las hojas: el jardín es un estremecimiento.

Te quiero en la casa intacta con las aguas enteras: no has cerrado lo abierto: eres su entrada. No soy un sueño, porque tú me quieres: muerdo tu nombre en las márgenes nocturnas: Tu cuerpo terrestre respira, abre los ojos bajo las raíces, asciende hasta el monótono esplendor del espacio.

Pesa, pesa: apogeo de la tierra: todas las maravillas en una afirmación tranquila entre el aire y la luz: dos cuerpos en contraste se ofrecen, se inclinan. Delirio, fiel delirio, mas real en su estío: unánime fragor de indomables prodigios: despertar, ser, estar.

Reposa y pesa el mar: entra en sus cavernas blancas: es ahí donde reina la ausencia con sus órbitas vacías: dibuja en un gesto puro el aroma intacto. En los espejos de arcilla están inscritos todos los nombres del viento.

Umbral: caverna: tierra anterior a la patria, cerrado origen, surco sepultado: he aquí que te beso, mujer, en cada fibra, en cada grito: te bebo en la espléndida tormenta y bebo la densidad de las cosas.

Nada: casi nada: tan sólo una blancura y una pulsación leve: aire. Algo que viene en la transparencia de un enamorado fondo: esplendor que impulsa lo más leve hacia el cerrado corazón del mundo.